

# CONFERENCIAS

## EL FACTOR HUMANO EN LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO

*Conferencia pronunciada en la Boston Society of Architects el 12 de mayo de 1953.*

Empezaré esta charla donde terminó Dean Hudnut diciendo que es precisamente la serenidad y dignidad de la arquitectura y su relación con el hombre lo que deseo comentar esta tarde. Hace unas horas, cuando cruzábamos Harvard Yard, hablábamos de esa serenidad y comentábamos la armonía y la apacible belleza de un lugar al que no llegan los ruidos del tráfico, las luces de neón ni todos esos elementos que hacen tan dura la vida en nuestras ciudades; es un paisaje urbano a escala humana, que sirve a las necesidades del hombre, tanto las del espíritu como las del cuerpo. Pero permítanme que mire hacia atrás y comente el ayer antes de hablar del hoy o de imaginar el mañana.

En los últimos treinta años hemos presenciado cambios radicales en la arquitectura. Los estilos históricos y sus renacimientos, tan característicos del siglo XIX y primeras décadas del XX, dejaron paso a una nueva arquitectura que hemos denominado moderna y que deberíamos llamar contemporánea porque es una expresión de nuestra forma de vida. Desde el final de la última guerra esta arquitectura se ha ganado una considerable aceptación, al menos en nuestro mundo, el mundo occidental. Estos años de cambios y descubrimientos, de formulación de nuevas teorías, han sido muy interesantes y estimulantes. Se han aceptado sin demasiada discusión las opiniones, fuese cual fuese su procedencia. Y cada vez resulta más difícil decir algo nuevo. Se asegura que Le Corbusier declaró en cierta ocasión: «Todo lo nuevo que se podría haber dicho sobre arquitectura en los próximos 300 años, se ha dicho ya». Quizá tenga razón. Las aportaciones-innovaciones sensacionales están casi agotadas. Quizá nuestro gran error sea hoy insistir en la búsqueda de lo sensacional. *Tal vez el futuro de las Artes, y con ellas de la arquitectura, no esté en los continuos cambios sin relación entre sí, por muy sensacionales que sean, sino en la consolidación de esos cambios una vez aceptados en teoría.* El acontecimiento más importante sería la aplicación práctica de tales teorías, su amplia aceptación por el público en general y su persistente integración en nuestras vidas diarias. Hoy es prácticamente imposible impresionar al público. Los museos más importantes acogen las obras de última hora. Nada se rechaza por ser demasiado nuevo. Pero la favorable publicidad que reciben esas obras no significa que el público las acepte ni que se hayan integrado en nuestras vidas. *Y mientras la arquitectu-*

*ra contemporánea no se integre realmente en nuestras vidas, no llegará a ser una auténtica realidad,* por mucho que la acepten las revistas y escuelas de arquitectura, las asociaciones de arquitectos, los museos, etc. A mi juicio, esa integración es la gran tarea que tienen por delante el arquitecto y la joven generación. El trabajo iniciado es obra de varias generaciones, una obra que ha de tener continuidad como toda la que es genuinamente humana, que ha de tener lazos con el pasado. Construida sobre la experiencia, el conocimiento y el esfuerzo pasados, pero progresando continuamente hacia un futuro mejor. Deben estimularse todos los esfuerzos creadores de los arquitectos jóvenes. La mayoría de nuestras escuelas de arquitectura parecen contentarse con la aplicación de las recetas o fórmulas modernas y aceptadas. Y creo que esto es peligroso porque favorece la aparición de un nuevo academicismo. Deberíamos combatir esas tendencias.

Este país, más que cualquier otro del mundo, cuenta con los elementos necesarios para desarrollar una arquitectura enteramente nueva. Y no se están aprovechando todas las posibilidades que ofrecen esos elementos. Los nuevos recursos de la industria no se han aplicado mediante procedimientos nuevos a ese ancho frente, a ese campo abierto que se extiende ante nosotros y especialmente ante los arquitectos y urbanistas más jóvenes.

Los jóvenes arquitectos de hoy se encontrarán en mejor posición si tienen un conocimiento a fondo del pasado y una idea clara del futuro de la arquitectura. Y al decir pasado no me refiero a la historia de la arquitectura que se enseña normalmente, hecha de fechas y nombres, sino a una aproximación nueva a ese pasado, especialmente del pasado más próximo a nosotros, hecha de conceptos y razonamientos. Y por idea clara del futuro entiendo la de las posibilidades que ese futuro — inmediato, no remoto — alberga para nosotros: lo que los modernos métodos industriales pueden dar al constructor y cómo pueden contribuir a la realización de edificios mejores y más bellos, y consiguientemente a un entorno mejor y a una mejor forma de vida, de la que esos edificios son sólo una parte, la parte que nosotros podemos explorar.

Me gustaría que los jóvenes arquitectos y urbanistas comprendieran que con su trabajo pueden hacer una contribución importante, aunque limitada. Y digo limitada porque en los últimos años se ha manifestado una peligrosa tendencia a considerar la arquitectura o el urbanismo como una panacea universal, cosa que no es. Puede y debe formar parte de un mundo mejor, y no se la puede aislar de ese mundo del que el hombre y su bienestar son el centro. Debemos proyectar y construir para

hacer más feliz a la gente mediante la satisfacción de sus necesidades materiales y espirituales. El hombre es nuestra preocupación principal, no la máquina. Cualesquiera sean los nuevos elementos que nos ofrezca la civilización, carecen de valor para el arquitecto y el urbanista, por sensacionales que resulten, si no contribuyen a mejorar y embellecer nuestras vidas, a hacernos más felices. Si aceptamos la premisa de que urbanismo y arquitectura deben humanizarse, situarse en una escala humana, entonces una y otra harán, junto con la arquitectura del paisaje, una gran contribución al logro de un entorno mejor. La casa sensacional pero aislada tiene un interés experimental, pero lo único que realmente cuenta es un entorno integrado y armonioso. La armonía debe ser el resultado de las formas arquitectónicas y los espacios abiertos, de los edificios públicos, los edificios residenciales, las fábricas, etc., y ello tanto en sí mismos como en su relación mutua. El funcionalismo químicamente puro es una amenaza. Todos somos partidarios del funcionalismo mientras no ignore las necesidades espirituales del hombre, la armonía, las proporciones, el efecto sinfónico que debe surgir de un entorno adecuadamente planeado. Pero cuando lo que surge son desmesurados edificios de oficinas del tipo «layer cake» (pastel de capas), en los que las bandas continuas de obra y cristal no guardan relación alguna con la escala humana y son únicamente una despiadada expresión de lo llamado práctico, hemos de condenar el funcionalismo. *Ni éste ni la economía pueden justificar tantos lúgubres grupos de viviendas que no son sino montones de ladrillos y ventanas mal dimensionadas, conjuntos incoloros y responsables de que la gente considere la arquitectura «moderna» una arquitectura cuartelaria e incapaz de proporcionar un entorno alegre y agradable.* Afortunadamente, han aparecido en los últimos años, como para contradecir esta idea errónea, hermosos puentes y carreteras, y muchos edificios bellos, ligeros y alegres. Pero es preciso establecer una distinción clara entre lo que para muchos es arquitectura contemporánea y lo que a nosotros nos gustaría que fuese y creemos debería ser.

En nuestra búsqueda de lo sensacional y lo nuevo, hemos llevado demasiado lejos la estética de la máquina. Hemos olvidado que el hombre debe ser nuestra preocupación principal. No intentemos ser genios; conformémonos con ser buenos arquitectos y urbanistas. Esta es una tarea muy importante y muy difícil.

Tras el trabajo de limpieza de los años veinte y primeros treinta, hemos elaborado un vocabulario arquitectónico para encontrar nuevos y más ricos elementos de expresión.

Las superficies extraplanas y los primeros edificios modernos no

tenían calidad escultórica. Eliminaban las sombras, una parte esencial del idioma arquitectónico que el sol cambia y enriquece con sus movimientos. Los deflectores solares ideados por Le Corbusier para Barcelona y Argel, y ampliamente usados en Brasil, no son importantes sólo por sus propiedades funcionales de protección contra el calor y los rayos del sol, sino porque han resultado un elemento embellecedor que confiere calidad escultórica a los edificios.

## EL ARQUITECTO Y LA CIUDAD

*Conferencia pronunciada en el Detroit Institute of Arts el 17 de noviembre de 1954.*

*La arquitectura es una actividad urbana o civil en un 90 por ciento, y esto ha sido aún más cierto en los últimos tiempos. Ahora, una casa está más ligada que nunca a otras casas, un edificio a otros edificios. No más grandes colonias, y sí impuestos más altos, mayor precio de la tierra y más elevados costes de construcción. El resultado natural es menos terreno y edificios más pequeños, y consiguientemente más juntos y más dependientes unos de otros.*

No podemos seguir hablando o pensando en términos de edificios aislados. Somos conscientes de que los edificios, grandes o pequeños, forman parte de su entorno y son conformados o deformados por ese entorno. Nuestro entorno está siendo radicalmente transformado o reformado. Los jóvenes que ahora llegan a las escuelas de arquitectura, de ingeniería, de arquitectura del paisaje, que trabajan de firme para producir una pintura y una escultura mejores, los sociólogos, los educadores, los doctores, los hombres de las inmobiliarias, los hombres de negocios, los políticos y los economistas tendrán que hacer una contribución importante a la conformación de ese entorno. Parece existir un acuerdo general sobre la deseabilidad de mejorar ese entorno físico actual. Parece que todos somos conscientes de que nuestras ciudades no tienen mucho de que enorgullecerse, y que desde luego hay lugar para las mejoras. Esto es más patente en las zonas centrales de nuestras ciudades que en cualquier otro sitio. Durante muchos años, las inmobiliarias, los economistas, los urbanistas y los arquitectos han eludido los problemas que planteaba la reforma a gran escala de los sectores centrales de nuestras ciudades. Conscientes de las dificultades físicas y los altos costes que entrañaba, *la actitud del avestruz* fue la única respuesta general a las acuciantes demandas de unos cuantos especialistas

para que se hiciera algo ante la congestión y la decadencia del corazón de nuestras ciudades.

Los urbanistas centraron, en general, su atención en las zonas suburbanas, adoptando la actitud de que lo mejor que se podía hacer era ingeniar modos de salir de ellas lo más pronto posible y recorriendo distancias cada vez mayores. Se suponía que la gente iba al centro de la ciudad sólo cuando no podía evitarlo y que salían de allí en cuanto habían realizado su trabajo.

A consecuencia de esta actitud mental se construyeron bellos puentes y bulevares y prosperaron las zonas residenciales suburbanas, al tiempo que se dejaba los sectores centrales desarrollarse sin plan alguno; y la congestión y el caos continuaron aumentando.

Las condiciones de vida en esas zonas centrales habrán de empeorar aún considerablemente antes de que se tomen medidas radicales para mejorarlas. Sin embargo, en los últimos dos años se ha puesto de manifiesto un mayor interés por intentar poner en marcha algunos planes importantes de reforma; esto es alentador pues *las cosas parecen moverse al fin en la dirección adecuada.*

La joven generación de urbanistas y arquitectos muestra una actitud más valerosa que su predecesora hacia este problema del replanteamiento de las áreas centrales. La vieja generación reaccionó en su día contra el problema de las grandes ciudades proponiendo *la descentralización como panacea general.*

Los rascacielos se han convertido en fuente de problemas y de congestión, pero la gente no considera que el problema real esté provocado por los rascacielos mismos, sino por el hecho de que la ciudad no haya sido re-planeada para permitir tales edificios, de la misma forma que el antiguo e inadecuado sistema de calles no podía absorber los nuevos medios de transporte o la demanda rápidamente creciente de espacios de aparcamiento no era atendida a través de medidas eficientes para suministrarlos.

Estos sectores centrales no pueden ser un buen negocio si las condiciones de vida en ellos se hacen imposibles y la congestión del tráfico llega a paralizar todo movimiento. Las cifras actuales demuestran que la congestión del tráfico en los sectores centrales ha estado aumentando rápidamente desde la última guerra, y esto acabará por provocar una disminución del valor de los terrenos; comercios y oficinas empiezan a huir de estos sectores centrales. Los especuladores faltos de visión descubrirán finalmente que tienen un problema muy difícil entre manos y se sentirán impulsados a trasladar a otros sectores sus actividades y sus intereses.

*Es muy posible que todos ustedes hayan oído argumentos en favor de la desaparición de las*

*grandes ciudades, argumentos defendidos muchas veces por destacados arquitectos y urbanistas. Yo no estoy de acuerdo con ellos, y les diré por qué. Tengo fe en el futuro de nuestras ciudades porque tengo fe en nuestra cultura y nuestras ciudades representan nuestra herencia cultural. El saber del hombre ha recibido su forma en el corazón de nuestras ciudades y resulta difícil imaginar a este gran país sin, por ejemplo, sus grandes centros metropolitanos. Si creemos en el progreso de nuestro tiempo y en la contribución que ese progreso puede hacer a la consecución de un entorno mejor, hemos de creer también que esos centros urbanos se transformarán y mejorarán, y que no deben ser abandonados a un proceso de decadencia creciente.*

*A pesar de todos sus defectos, las ciudades de hoy son mejores en muchos aspectos que las del pasado. El abastecimiento de agua, los sistemas de alcantarillado, la higiene, la pavimentación e iluminación de las calles, los sistemas de almacenamiento y suministro de víveres, etc., son otros tantos progresos de nuestro tiempo. Entonces, ¿por qué no puede nuestra generación hacer más humanas y más bellas esas ciudades? ¿Es que tenemos que llegar a la conclusión, pese a todos los medios a nuestro alcance, que nuestras ciudades no pueden competir en belleza con las de otras épocas en que la humanidad vivió tiempos difíciles, en que la incultura campaba por sus respetos, en que las epidemias diezaban pueblos enteros, y en que la fuerza física era lo único que el hombre tenía a su disposición?*

*Creo que hoy falta únicamente un factor para emprender esta gran tarea de reformar los centros de nuestras ciudades, para hacer de ellos lugares mejores y más hermosos donde vivir y trabajar. Ese factor es la fe en un futuro mejor. La actitud materialista de nuestros días nos hace olvidar que nuestras ciudades no están hechas sólo con acero, hormigón, ladrillo, mortero y hermosas carreteras, sino que la primera materia prima es el espíritu de empresa, la fe y el coraje del pueblo. La pasada generación de este país fue una generación de constructores que tuvo el valor de cometer grandes errores, y es que sólo se cometen grandes errores cuando se intentan grandes cosas. Hoy nuestro mayor error en la planificación urbana es la timidez y la falta de valor y de confianza en el futuro. El miedo nunca ha sido un buen planificador y un buen plan — o incluso uno malo — es en su etapa final una declaración tridimensional. Planear es afirmar. Cualquier declaración exige coraje y convicción.*

Lo que hagan arquitectos y urbanistas respecto a la mejora de los centros de las ciudades americanas y de nuestro entorno físico en general tendrá un enorme impacto en todo el mundo

durante los próximos años, *pues los ojos de los técnicos de todos los países están fijos en América, y se imitarán los buenos ejemplos, como se imitarán los malos.*

Los arquitectos y urbanistas, en colaboración con otros técnicos, pueden hacer una contribución importante a este nuevo desarrollo de las zonas centrales. Como profesión, deberíamos tener el valor suficiente para cooperar en esta tarea con el urbanista, el economista y el promotor inmobiliario. *Es precisamente en este campo de la reforma de las zonas centrales donde se plantea el mayor desafío al arquitecto y al urbanista.* Demasiados arquitectos se han contentado con diseñar edificios aislados, olvidando que esos edificios, por muy hermosos que puedan ser, forman parte de su entorno y que, si no mejora el entorno de su conjunto, la obra del arquitecto no tendrá mayores consecuencias.

Un buen edificio, si se alza solitario en una ciudad decadente, iniciará rápidamente el proceso de decadencia de las zonas circundantes. En cambio, si la zona en su conjunto es replanteada y el edificio forma parte de ese entorno reformado, vivirá más y envejecerá mejor. *Hoy día, las actividades del arquitecto y el urbanista en la planificación física de los centros urbanos están demasiado alejadas entre sí. La planificación física de esos centros es el terreno común más importante de urbanistas y arquitectos, pese a lo cual es todavía una tierra de nadie.*

En el corazón de muchas ciudades antiguas encontramos lugares de gran belleza y armonía. Y esto no siempre se debe a un edificio concreto que destaca, sino al acertado agrupamiento de varios edificios y al tratamiento adecuado de los espacios abiertos, es decir, básicamente al planteamiento y la estructuración del conjunto, que constituye una unidad visual. Estas agrupaciones se diseñaron para peatones. Todas se sitúan en la escala del peatón, están pensadas para que se las utilice y disfrute desde dentro, para vivir en ellas. *Son paisajes civiles, arte-factos hechos por el hombre.*

Naturalmente, todos ustedes dirán: «¿De qué pueden servirnos hoy, en esta época de automóviles y progreso técnico? ¿Qué relación guardan, en escala, carácter y complejidad, con nuestras necesidades?» Voy a intentar explicarles lo que, en mi opinión, nos enseñan a arquitectos y urbanistas.

La lección que podemos extraer de los centros de muchas ciudades antiguas es una lección de escala y equilibrio humanos resultantes de la armonía y la belleza de proporciones. Los mejores ejemplos no presentan ninguna falsa pretensión de monumentalidad en el sentido académico; las personas pueden reconocer a un amigo, o admirar a una bella mujer que cruza la plaza o el paseo, sin ayuda de un telescopio.

Esos centros eran lugares de reunión diseñados a escala humana; sus principales funciones eran precisamente ofrecer a la gente facilidades para congregarse, para reunirse, algo realmente difícil hoy, en que nuestras plazas se han convertido en congestionados nudos de tráfico donde empleados y dependientes tienen que correr un gran riesgo al cruzar la calzada para tomar el bocadillo al mediodía o han de permanecer (si el tiempo lo permite) en las aceras, esperando que llegue la hora de volver al trabajo.

Sé que algunos ustedes comentarán que los tiempos han cambiado y que *ahora la vida es distinta en las ciudades americanas*: que hoy tenemos cines, radio, TV y otras diversiones. Pero tendrán que reconocer que, pese a todo, los centros urbanos son inhumanos y la gente protesta constantemente contra las condiciones imperantes en ellos. Su replanteamiento sobre una nueva base no puede ignorar el factor humano. Que la gente acepte todas esas incomodidades no quiere decir que, tan pronto como se le dé la oportunidad de elegir entre los centros urbanos de hoy y una ciudad replanteada y humanizada, no escoja sin vacilación esta última. *He visto a norteamericanos vivir en muchas ciudades diferentes*, y recuerdo un grupo en el Café de Flore de París, que era siempre el primero en llegar y el último en marcharse. En los últimos años he visto también a muchos norteamericanos disfrutando el espectáculo de las bellas plazas y avenidas de Italia y Francia, y no me cabe la menor duda de que recibirían con los brazos abiertos la introducción de tales elementos en los nuevos planes de nuestras ciudades.

*El nuevo desarrollo de nuestros sectores urbanos debe venir determinado por un plan general.* Este plan fijaría el carácter, tamaño y límites de estos sectores. Al mismo tiempo habría que proponer un sistema jerarquizado de calles para la ciudad en su conjunto cuya misión sería absorber el tráfico motorizado de los próximos años teniendo en cuenta sus necesidades y los posibles aumentos.

Las principales arterias del tráfico trazarían las líneas divisorias entre los diversos sectores. *Este concepto se opone a la idea renacentista de la calle*, idea que aún persiste hoy sancionada por nuestras ordenanzas de edificación. La calle ideal del Renacimiento, con su simetría geométrica, no tiene sentido hoy como arteria de tráfico; estaba pensada para peatones.

Una vez adecuadamente reformadas nuestras ciudades, podríamos alcanzar fácilmente cada uno de esos sectores a través de las arterias de tráfico, desde las que llegaríamos, por calles de servicio, a las principales zonas de aparcamiento o garajes, donde dejaríamos nuestros coches. Ya dentro de los sectores reformados, iríamos a pie a los diversos edificios y espacios

abiertos, separados por cortas distancias, y situados en zonas especialmente reservadas a peatones y diseñados como plazas y paseos de los que disfrutar. Las dimensiones de estos paseos deben ser agradables, no monumentales. Su medida es el paso humano, que sigue siendo el mismo de siempre, como ocurre también con el ángulo visual. Ni la mecanización ni el progreso han cambiado estos factores que son parte del hombre.

Al planear la reforma de esos sectores no debemos olvidar, por muy modernos que hayan de ser, los siguientes hechos básicos: la agrupación visual de edificios y espacios abiertos será *nueva* en lo referente a programa, materiales, métodos de construcción y equipo, pero *sin que ello impida su adecuación al hombre y a la naturaleza*. Equilibrados y vivos, deberán re-inyectar en los corazones de nuestras ciudades aquello que ignoró el falso monumentalismo de la planificación académica y aquellos factores destruidos por los especuladores faltos de visión y por la mecanización incontrolada: la belleza que puede conseguirse con sólo un buen urbanismo y una buena arquitectura, y las proporciones y ritmos adecuados que, aunque expresados en el lenguaje de hoy, están basados en los mismos factores eternos que han tenido una significación emocional para el hombre a través de los tiempos.

Tenemos muchos ejemplos de *planificación académica disfrazada de moderna*, en la que no ha cambiado el espíritu del plan como un todo y únicamente se ha modificado la epidermis del edificio reemplazando la piedra y el ladrillo por aluminio y vidrio. El grupo enorme, axial, y las desmesuradas zonas abiertas —prohibitivas en sus dimensiones y no pensadas para peatones— prevalecen aún en muchos de los llamados planes «modernos».

Como profesionales deberíamos reclamar el papel que nos corresponde en la reforma de nuestro entorno. Para ello tendremos que colaborar con los urbanistas, ingenieros, arquitectos del paisaje y otros especialistas. Pero es un derecho del arquitecto hacer la mayor contribución a la fase de la planificación física. No podemos limitarnos a vestir las monstruosidades impuestas por ordenanzas de edificación anacrónicas y leyes territoriales arbitrarias. La mayoría de esas leyes y ordenanzas ignoran los principios elementales del diseño urbano, son *barreras artificiales que están bloqueando una adecuada reforma* de la mayoría de nuestras ciudades. Son barreras levantadas por el hombre y hay que derribarlas. Tal como están hoy las cosas, *tenemos una arquitectura de fachadas a la calle*, y todas las ordenanzas toman como base el viejo concepto de calle. El resultado es una serie de regulaciones absurdas y retrógradas, la tolerancia en los cálculos de la «ventilación» y la «ilumi-

nación» de los edificios altos, las exigencias anacrónicas sobre el espesor de los muros y las salidas de incendios, la falta de provisión de instalaciones de aparcamiento, la ignorancia de las ventajas de los nuevos materiales y métodos de construcción que contradicen las reglas de esas ordenanzas, y la actitud pasiva de autoridades y público que continúan tolerando que la existencia de esos abusos y esas barreras al progreso *pongan una camisa de fuerza a la arquitectura urbana* y limiten la función de los arquitectos a un mero trabajo rutinario y a una inabarcable repetición de clichés. Nosotros no defendemos el lujo (nuestra época, con su mentalidad de negociante, ya se encarga de eso sin ayuda de nadie). El hombre necesita unos alrededores bellos y humanos, y arquitectos y urbanistas son necesarios para contribuir a la creación de ese nuevo entorno. Y nos corresponde a nosotros —y muy especialmente a la joven generación de arquitectos y urbanistas— lograr que el conjunto de los ciudadanos conozca claramente estos hechos.

## EL FACTOR HUMANO EN EL DISEÑO URBANO

*Conferencia pronunciada el 5 de marzo de 1956 en el Detroit Institute of Arts.*

Profesor Warren Dunham, señoras, caballeros...

Me siento muy feliz y honrado por participar en la serie de conferencias en memoria de Lee M. Franklin sobre el tema «La Ciudad: Problemas y Perspectivas de las Relaciones Humanas en el Entorno Urbano».

Pocas personas, si es que se han tomado alguna vez la molestia de pensar en ello, dejarán de comprender que es preciso hacer algo para mejorar nuestras ciudades.

Desgraciadamente para los que vivimos en ciudades, son sólo los que vivimos en ciudades, —una pequeña minoría los que reflexionan con atención sobre el tema y menos numerosos aún los que intentan hacer algo para lograr esa mejora.

Y sin embargo, las condiciones de nuestras ciudades son malas y no están mejorando en general, y nuestro entorno urbano, aunque olvidemos su explosivo crecimiento y el impresionante aumento experimentado por todo lo que trae consigo el tamaño y el dinero, no es algo de lo que podamos sentirnos muy orgullosos...

Es cierto que nuestras grandes ciudades tienen de todo más que en ningún otro momento, más y mejores luces, mejor alcantarillado, mejor abastecimiento de agua, mejores servicios de limpieza, mejores tiendas, más espectáculos, más museos, más

hospitales y escuelas, etc., pero también más congestión, más ruidos, más impurezas en el aire que respiramos, más accidentes, menos árboles, menos espacios abiertos, menos rincones tranquilos... *menos facilidades y lugares para que la gente se reúna*, menos calidad cívica y urbana, esa calidad que hace de la ciudad una ciudad, un lugar de reunión, donde las ideas se intercambian libre y espontáneamente, por falta de sitio y de tiempo. El tiempo se emplea frecuentemente en recorrer grandes distancias, la especulación y la densa ocupación del suelo se apoderan de los lugares y todo ello da lugar a una *violación de la escala humana*, a un cambio total de nuestras formas de vida.

Supongo que muchos de ustedes están familiarizados con los hechos y las cifras referentes a este tema, que leen las discusiones que sobre el mismo aparecen en diarios y revistas. Las últimas décadas han producido minuciosos estudios analíticos de casos concretos. Por primera vez en la historia, se dispone de estudios globales de este tipo sobre muchas ciudades. Conocemos las enfermedades y sus causas, pero se está haciendo muy poco para remediar una situación tan crítica.

Entre el público en general existen una tendencia a considerar utópicos los cambios radicales. Se piensa que la ciudad ideal, tema de tantos libros, está fuera del alcance del hombre; la «Ville Radieuse» de Le Corbusier o la «Broad Acre City» de Frank Lloyd Wright se ven en el mismo plano que la «Utopía» de Moore, la «Ciudad del Sol» de Campanella, la «República» de Platón o la «Nueva Atlántida» de Bacon. La «Ciudad Jardín del Mañana», de Ebenezer Howard es la única que ha merecido un poco más crédito, quizá porque es una solución suburbana.

La planificación, el replanteamiento o la reforma de cualquier poblado comunidad, ciudad o área metropolitana exige:

a) Un cuidadoso *examen de las condiciones reinantes* y de sus causas. Es decir, de los factores determinados por la naturaleza (clima, topografía) y de los debidos al hombre (población, edificios, comunicaciones, producción, etc.) con vistas a una selección de estos datos y a la formulación de un informe global.

b) Sobre la base de ese estudio de las condiciones reinantes y de una consideración de las tendencias futuras, la formulación de un *programa de necesidades* y de un *programa económico*.

c) La expresión física de este programa en términos de diseño y criterios de diseño para las distintas fases de crecimiento o transformación del complejo urbano. *Los planes físicos* o diseños de la nueva ciudad y los informes descriptivos.

d) *La ejecución del plan*, consistente en la estructura financiera e impositiva y en la legislación que permita llevarlo a la práctica y regular su crecimiento.

e) *Finalmente, las diferentes fases de desarrollo*, teniendo en cuenta el crecimiento y las posibilidades presupuestarias.

De todos los puntos enumerados, esta noche voy a hablar únicamente de uno, *el plan físico* o forma que creo debe darse a las comunidades nuevas o reformadas. Hay una gran diferencia entre un entorno planificado y otro que no lo está.

Esto no quiere decir que no existan bellas ciudades que se han desarrollado espontáneamente, pero son raras excepciones, no la regla.

En cierta ocasión puse a mis alumnos de primer año de la Harvard Graduate School of Design un ejemplo de dos entornos propuestos que estaban muy cerca de nuestra clase: uno es Harvard Yard; el otro, Harvard Square. Son tan distintos como el cielo y el infierno.

En un caso, hermosos y sencillos edificios (con varios siglos de antigüedad) se agrupan armoniosamente alrededor de un espacio abierto, con césped, árboles y senderos para pasar, sin coches, sin ruidos, un lugar tranquilo y digno. Hay ardillas y pájaros, el hombre se encuentra en medio de los elementos, y con esto quiero decir que se encuentra en un entorno natural aunque urbano y civilizado. Pero si se cruza la puerta que lleva del patio a la plaza es mejor, como al entrar en el Infierno de Dante, «renunciar a toda esperanza» de encontrar algo armonioso, digno o humano al otro lado, ¡porque se penetra en el fragor de Harvard Square!

Se trata simplemente de un nudo de tráfico, atareado, congestionado, ruidoso, desprovisto de árboles y vulgar. No sé cómo ni por qué se ha llegado a llamarlo plaza (nombre respetable que designa lugares tan hermosos como San Marcos de Venecia o la Signoria de Florencia). Al cruzar será mejor que miren en todas direcciones para proteger una vida «que muy bien pudiera ser la vuestra» y que se apresuren a pasar mientras los semáforos se lo permitan. Un pavimento duro, nada de árboles, nada de hierba, por supuesto ni un solo pájaro, ni una sola ardilla, y una confusión de luces de neón que enmascara una arquitectura barata y vil. Cuando antes salgan de ese lugar mejor para ustedes, para su seguridad y la de su familia, si da la casualidad de que les acompañan. Aconsejen a los estudiantes que procuren multiplicar los lugares que sean el equivalente moderno al Harvard Yard, y que eviten la repetición de los errores de la Harvard Square...

Hemos de preguntarnos una cosa: ¿Para quién proyectamos? En el pasado las ciudades se construían para cobijo y defensa, como centros de gobierno,

en torno a santuarios y lugares de culto, como centros industriales y de negocios, como centros comerciales o mercados, como centros de comunicación, como lugares de recreo o centros culturales, etc.

Hoy nuestras ciudades han de ser centros del comercio, la industria y los negocios, pero también centros culturales y lugares de diversión. Pese a las predicciones en contrario de los profetas del apocalipsis, la gente sigue acudiendo a las ciudades en número creciente. Nuestra civilización es una civilización urbana. Las ciudades han sido y seguirán siendo cunas de nuestra cultura.

Si tenemos los conocimientos técnicos suficientes para convertirlos en expresión de nuestra cultura, ¿por qué seguir viviendo en ciudades hostiles a nuestra naturaleza? Si tomamos al hombre como medida al remodelar nuestras ciudades, si es el factor humano el que guía nuestros esfuerzos de diseño, seguramente podremos hacerlo tan bien como nuestros abuelos, si no mejor.

La ciudad americana ha atravesado un período de crecimiento explosivo en el que todos los controles eran difíciles. Este crecimiento coincidió con un período de caos conceptual en materia urbanística. Pero la situación ha cambiado desde entonces y se ha desarrollado una nueva ciencia: el urbanismo o planificación urbana.

Muchas ciudades americanas han llegado a la madurez y unas pocas han iniciado planes de reforma. El plan para la zona sur de Chicago es un ejemplo notable al que seguirán otros.

¿Cómo podemos rediseñar una ciudad?

Llevaría mucho tiempo explicarlo con detalle, pero procuraré que se hagan una idea con la ayuda de unas diapositivas.